

Concomitantemente, se avizoraron los movimientos de trabajadores que no tuvieron en estos momentos ya un carácter puramente artesanal. La crisis interna que afectó a la economía y a la política peruanas de los primeros veinte años de este siglo, repercutió profundamente en los sectores de trabajadores independientes proletarizándolos más violentamente y entre los trabajadores con una base organizativa más asentada que en años anteriores, hizo aparecer los esbozos primeros de ideologías antiburguesas.

Alicia Eguiluz

Gloria González Salazar. *Subocupación y estructura de clases en México*. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 1972. 158 págs.

Como lo anticipa su autora, este trabajo constituye "un análisis exploratorio, en el cual aceptando la especificidad histórica del subdesarrollo y en atención a unos cuantos de sus rasgos estructurales, se examinan algunos factores objetivos útiles para la identificación de las clases sociales en sí y se adelantan algunas hipótesis sobre los posibles efectos que ello tiene sobre la toma de conciencia y organización política de las mismas..."

El ensayo está dividido en una introducción y dos capítulos. El primer capítulo está dedicado a desarrollar un esquema teórico y conceptual que sirve como marco de referencia al resto del trabajo. El segundo capítulo está dedicado al análisis de la estructura de clases en México.

La autora establece las diferencias que existen entre "clase en sí" y "clase para sí" en base al concepto de clases sociales expresado por Lenin. Refiere la primera a las características objetivas que permiten delimitar a un grupo y la segunda a la "toma de conciencia de estas cuestiones".

Así, para G. G. S. la clase es una función de la estructura social aunque también sostiene que es "el orden económico el determinante en última instancia de las características de la estructura social".

Dentro de este marco teórico se mencionan los aspectos que caracterizan el capitalismo originario y el papel que juega el ejército industrial de reserva. También se indica que no es válido considerar que los países subdesarrollados se encuentran en una de las etapas del capitalismo originario, ya que el subdesarrollo es producto de la explotación y la dependencia. De ahí —reconoce G. G. S.— que la enorme masa de desempleados no tenga las mismas características ni desarrolle un papel idéntico en ambos tipos de capitalismo.

En el subdesarrollo —añade— hay inestabilidad ocupacional con movilidad horizontal y carencia de consolidación de los "rasgos objetivos"; una burguesía ligada al exterior y dependiente con tendencias a invertir en actividades "seguras" y una sobrepoblación obrera relativa que emigra hacia la ciudad en donde no hay correspondiente desarrollo industrial, lo que convierte a esta clase en un "factor disfuncional".

En el segundo capítulo, titulado "Reflexiones acerca de la estructura de clases en México", la autora señala que, más que cuantificar de manera precisa las capas que componen las dos clases antagónicas fundamentales, considera preferible "señalar los mecanismos básicos que determinan las características del proceso de desarrollo en las últimas décadas y en los que se sustenta la desigualdad social prevaleciente".

Después de esbozar algunos rasgos generales del desarrollo mexicano G. G. S. dedica el inicio del segundo capítulo al estudio de la estructura de la ocupación y del ingreso como efectos de "la estructura y política de clase" que cons-

tituyen, a su juicio, medios objetivos para medir la desigualdad social.

Con ayuda de trabajos y conceptos de otros autores señala la gran disparidad existente entre la aportación y participación del producto entre los factores primarios de la producción; el descenso relativo del poder de compra de las clases medias y bajas y la desigual distribución del ingreso por regiones económicas. En seguida se hace referencia a los rasgos generales del crecimiento económico de México llevando al cabo una descripción por sectores productivos. Stavenhagen le da la pauta a la autora para analizar las clases sociales en el sector agrícola. Se apunta que cerca de la mitad de la fuerza de trabajo nacional se encuentra en este sector, que sólo aporta 20% al PNB. El neolatifundismo —dice—, la concentración del ingreso y del producto en pocas manos, así como una estructura productiva ligada fundamentalmente a la dinámica del mercado externo da cabida a paradojas como: “excedente agrícola y pobreza rural”; permite la coexistencia de verdaderos empresarios agrícolas y de una burguesía comercial, al lado de ejidatarios, minifundistas privados y jornaleros. Para G. G. S. son estas tres últimas clases las generadoras reales del producto; están ampliamente diseminadas y ligadas, como es el caso de los ejidatarios, a través del partido al aparato estatal. Habrá que añadir que para la autora existe una carencia de conciencia de clase y de visión respecto al funcionamiento y relaciones causales del estado de las cosas.

En el sector industrial —por comparación con el resto de las clases sociales y “ante la presión que ejerce la enorme masa de subempleados”— los obreros constituyen la base más favorecida de la clase trabajadora industrial y son “el proletariado industrial propiamente dicho”.

Al lado de ellos, los sectores familiar y artesanal constituyen grupos con ca-

racterísticas “inestables”; con gran movilidad horizontal con “cierta similitud con respecto a los minifundistas”. . . Ya que, al igual que ellos, “detentan medios de producción pero de calidad insatisfactoria y en cantidad insuficiente”.

Los sectores comercial y de servicios, al igual que los anteriores, muestran una gran concentración del ingreso y a ellos confluye una gran cantidad de desocupados de otras actividades. En el primero proliferan los vendedores ambulantes o puesteros, consignados en el Censo como comerciantes independientes o por cuenta propia y que para 1960 asciendan a casi 60% de los activos del sector.

Esto significa “un exceso de intermediarios entre el productor y el consumidor que merma aún más los bajos recursos de las clases populares”.

Los servicios absorben cerca de la tercera parte del “capital nacional” (SIC). De esa elevada proporción 66.9% es canalizado al alquiler de bienes inmuebles.

“De este modo —afirma G. G. S.— en la medida en que el desarrollo del país no puede alcanzarse a través de alquiler de habitaciones y de locales comerciales, ni tampoco con el establecimiento de un enorme aparato comercial que preferentemente se encamina a atender la demanda de un mercado estrecho y predominantemente urbano, la burguesía local está muy lejos de desempeñar un rol dinámico que corresponde a esta clase en el capitalismo original.”

En la última parte de este capítulo G. G. S. elabora “una perspectiva de conjunto”. En ella señala un tanto valorativamente que “apenas se han desarrollado algunas capas medias, cuya representación, si bien bastante más alta que en el pasado, es insignificante con respecto a los grupos mayoritarios que han quedado a la zaga”.

Por lo que respecta al sector campesino, nuestra autora afirma, sin definir o sustentar, que “la reforma agraria ini-

ciada en 1913... produjo un cambio radical (SIC) en las relaciones agrícolas de producción del porfiriato... experimentando cambios notables la estructura productiva y las relaciones sociales de producción”.

En cuanto al sector obrero, se dice que si bien en el periodo de Cárdenas “se constituye en un sector solidario para la lucha contra el imperialismo”, al cambiar las condiciones internacionales —en el periodo posbélico— sufre una gran mediatización. Por su parte, “la burguesía mexicana puso de manifiesto, inmediatamente, su incapacidad para conquistar la independencia estructural (SIC) del país... .

“Podemos resumir todo lo hasta aquí expresado —concluye G. G. S.— en la observación de que el tipo de crecimiento económico seguido en las tres últimas décadas ha derivado en la consolidación en México de la estructura clásica del subdesarrollo, sólo que ahora, en una nueva modalidad.” Sin mencionar en qué consiste esta nueva modalidad, la autora afirma que lo más característico de la estructura de clases prevaletientes es... “el carácter polimórfico de la alta burguesía, o lo que es lo mismo su participación o trabazón de intereses de todos o varios de los sectores de actividad y su notoria preferencia por la liquidez...”; “en correspondencia a tal situación, en el proletariado, la gran proporción de él no logra cristalizar formalmente como tal, en virtud de que no llegan a consolidarse las bases materiales para que ello ocurra”. En las notas complementarias al ensayo, G. G. S. alcanza a proponer, como etapas futuras de estudio, la reinterpretación que la estructura ideológica hace de la estructura y de las relaciones de clase, y los efectos de la estructura ideológica sobre la forma como se perciben a sí mismas las clases sociales. Es de suponer que el estudio futuro habrá de aclarar, con más precisión y sistema que el ensayo que comentamos, los

problemas estructurales que preocupan a la autora.

Ma. Elena Cardero de Labra

William Ash. *Marxismo y moral*. Ediciones Era, S. A., México, 1969.

La obra de Ash intenta penetrar sistemáticamente en el estudio de la moral, explicando algunos conceptos básicos a la luz del pensamiento marxista. Por otra parte, trata de presentar algunos rasgos de la teoría marxista de la moral.

Como se sabe, el marxismo se desarrolló y se desarrolla preferentemente sobre materias como la economía política, la sociología y la filosofía, descuidando en cierta forma algunos otros como la estética y la ética. De ahí que el intento de presentar un cuadro de conjunto de las ideas morales de los marxistas clásicos sea significativa para la interpretación dialéctica en esta esfera de las relaciones humanas.

Cuando encontramos este tipo de trabajos, cabe preguntar si el enfoque logra profundizar y enriquecer el tema.

Ash estudia algunos conceptos morales como lo bueno, lo justo y el deber como resultado de una situación objetiva y confrontándolos con categorías de la economía como el valor y la mercancía. Por principio, señala que toda ideología como relación social superestructural tiene un origen y un apoyo material e histórico, tal como lo sostiene Marx. Pero lo que distingue su tratamiento es la conversión de las categorías económicas a sus equivalentes en la esfera moral.

Partiendo de la noción clave —que en la explicación de la economía capitalista hizo Marx— la ley del valor y sus dos aspectos, como valor de uso y como valor de cambio, el autor del libro establece que la conexión que existe entre los hombres y las mercancías a nivel moral es la apreciación que se hace de